

De la síntesis histórica a la historia de *Annales*

La influencia francesa en los inicios de la renovación de la historiografía española

Pedro Ruiz Torres

Departamento de Historia Contemporánea – Universitat de València

LA TRAYECTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XX.

La renovación de la historiografía española durante el siglo xx fue un fenómeno tardío que guarda una relación muy directa con la recepción de la *nueva historia* de *Annales*. La mayoría de las opiniones destacan la fecha de 1950 para dar cuenta del inicio de la renovación en España, cuando Jaume Vicens Vives acudió al IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en París y tomó contacto con la nueva corriente que se desarrollaba principalmente en Francia. Siguiendo el ejemplo del historiador catalán, un pequeño grupo de historiadores en torno suyo y algunos otros de modo aislado habrían adoptado los nuevos métodos y concepciones de la escuela de *Annales* en la década de los sesenta y principios de los setenta y con ello renovarían una historia hasta entonces anclada en el más rancio conservadurismo.

En la trayectoria anteriormente esbozada sería posible establecer dos etapas diferentes separadas por la recepción de la escuela de los *Annales*. Ciertamente no todo lo que contribuyó a la transformación que se produjo durante los años sesenta y setenta tuvo directamente que ver con la nueva historia de los *Annales*, pero ésta habría provocado en España la ruptura con la historiografía tradicional y orientado, casi en exclusiva, los primeros pasos de su nueva andadura. En el penoso ambiente intelectual creado por la dictadura de Franco, en pleno auge del nacional-catolicismo y el antiliberalismo, pocos historiadores estaban al tanto de la renovación historiográfica procedente de Francia. Vicens sería el primero y lo haría explícito en 1951, en la *Presentación y propósito* del primer número de la revista *Estudios de Historia Moderna*. A partir de ese momento, como señala José María Jover, a Vicens le deberíamos la promoción de los estudios de historia económica y social en España a la manera de los *Annales*¹.

¹ J. M. JOVER ZAMORA, «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea».

Conviene, sin embargo, tomar en consideración que son pocos los trabajos de historia de la historiografía española en los que se fundamenta ésta o cualquier otra visión del camino recorrido durante el siglo xx. Excepcional resulta todavía el estudio de José María Jover, al que acabamos de referirnos, publicado en fecha tan lejana como 1974 y limitado al objeto que su título enuncia: el siglo xix en la historiografía española durante los años de la dictadura de Franco. Juan-Sisinio Pérez Garzón puso más tarde de relieve, en el X Coloquio de Pau, algunos rasgos de la evolución de la historiografía en relación con el problema de la «revolución burguesa» en España. La ponencia fue publicada en 1980, pero el trabajo más extenso que en ella se anunciaba quedó luego por desgracia circunscrito a las décadas centrales del siglo xix².

Sin duda el magisterio de Juan José Carreras explica que sea el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza donde hoy encontramos la única línea de trabajo colectivo centrada, desde hace años, en el estudio de la evolución de la historiografía española durante los dos últimos siglos. Esa línea de trabajo ha dado resultados que merecen destacarse. Gracias a ellos estamos en condiciones de reconstruir con detalle el lento y dificultoso proceso que condujo a la profesionalización de la historiografía en España durante la segunda mitad del siglo xix³ y el enorme retroceso y empobrecimiento que sufrió nuestra historiografía durante la primera década de la dictadura de Franco⁴. Otros dos discípulos de Carreras, Julián Casanova y Carlos Forcadell, se han referido al camino seguido en España por la «historia social» a partir de la renovación de los años cincuenta. El primero, en el apéndice significativamente titulado «El secano español»⁵, menciona la autarquía intelectual que trajo consigo la victoria fascista de 1939 y que fue acompañada del predominio de la perspectiva reaccionaria y antiliberal, mantenida aún en la década de 1950 por influyentes sectores académicos vinculados al Opus Dei. Casanova considera, con razón, que la influencia de los *Annales* durante esa década fue escasísima, si se exceptúa algún caso aislado como el de Vicens:

Precisamente de las hipótesis establecidas por Vicens Vives sobre la industrialización y sus efectos en el crecimiento económico del siglo xix surgió una de las vías de renovación de la historiografía española, aquella que comenzó a contemplar la historia económica como un ámbito especializado de la historia general distinta a la tendencia dominante de la historia política⁶.

Las otras dos vías de renovación, según Casanova, habrían sido la ampliación de la historia política tradicional por medio de la utilización de conceptos pres-

² Periodo que trata en su contribución al libro de P. CIRUJANO MARÍN *et alii*, *Historiografía y nacionalismo español*.

³ I. PEIRÓ MARTÍN, *Los guardianes de la historia*, I. PEIRÓ MARTÍN y G. PASAMAR ALZURIA, *La Escuela Superior de Diplomática*.

⁴ G. PASAMAR ALZURIA, *Historiografía e ideología*.

⁵ J. CASANOVA, *La historia social y los historiadores*.

⁶ *Ibid.*, p. 161.

tados por la sociología y la ciencia política (los trabajos de Miguel Artola y José María Jover) y la historia del movimiento obrero (Manuel Tuñón de Lara)⁷.

Hay pocas dudas acerca del penoso estado de nuestra historiografía en los años de la posguerra española. De ello trata por extenso y de forma bien documentada el libro de Gonzalo Pasamar, al que antes hemos hecho referencia. Sin embargo, la renovación de la historiografía española, que se inicia en los años cincuenta y sesenta y en la que la influencia de la escuela de *Annales* juega un destacado papel, ¿parte casi de cero?, ¿carece de antecedentes que merezcan tomarse en consideración?, ¿debemos entenderla como una renovación «importada», traída de fuera, sin una trayectoria anterior que hubiera propiciado en España el «fecundo diálogo» entre científicos sociales e historiadores en que dicha renovación se fundamenta?

Santos Juliá opina que en nuestro país no existió diálogo entre la historia y las ciencias sociales en el primer tercio de nuestro siglo, como en Francia, Alemania o Gran Bretaña. En España, en opinión del citado historiador, no hubo una revolución que provocara el hundimiento súbito del Antiguo Régimen, ni un proceso de industrialización rápido y masivo, ni la aparición de formas capitalistas tal como fueron teorizadas por Max Weber, ni la institucionalización de la sociología, que no se producirá hasta bien entrada la década de 1960. Aquello que dominaba la conciencia colectiva de las élites intelectuales era el *desastre* y la reflexión sobre un concepto y hasta una metafísica (el *ser de España*), razón por la cual no podía nacer una corriente original de historia social. Tal vez, según Santos Juliá, la obra de Rafael Altamira fuera la excepción, pero en todo caso la guerra y la larga posguerra liquidaron esa posibilidad. La renovación hubo de esperar a los años cincuenta y sesenta, y fue debida,

como se sabe bien, a la recepción entre selectos círculos de historiadores de las corrientes francesas más que a un diálogo autóctono entre científicos sociales e historiadores, lo que no dejará de condicionar la posterior evolución de esa (re)naciente historia social⁸.

⁷ En palabras de C. FORCADELL, «Sobre desiertos y secanos», es en 1950 cuando Vicens Vives descubre la escuela de *Annales*, un año antes de la conferencia de Jover sobre *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*, «una época en la que Carande paseaba su marginación académica o Valdeavellano trabajaba desde la Historia del Derecho; pocas excepciones para la ruptura de una tradición que habría que ir reconstruyendo lentamente». Luego sin embargo, el «descubrimiento» de la historia social no habría sido exactamente un camino por el desierto, por cuanto antes de la década de los ochenta hubo «benéficos riegos», bien canalizados «por el espectacular desarrollo de la historia económica en particular, por las investigaciones y debates sobre la transición del antiguo régimen, por la aplicación que Artola llevó a cabo de conceptos e instrumental procedentes de la sociología política, por los encuentros de Pau, por obras que resisten el tiempo y la comparación y que, cuando fueron concebidas para elaborar las *mediaciones estructurantes* más relevantes de un ámbito local o regional, fuera para Andalucía (jornaleros y luchas agrarias), para Valencia (propiedad y relaciones señoriales), para Galicia (pequeño campesinado y foros), para Cataluña, etc. conseguían establecer hitos de importancia en lo que puede ser hoy perfectamente definido como *historia social*, aunque estuvieran más exentas de propaganda que de análisis económico y del esfuerzo de relacionar economía, sociedad y política sobre ámbitos limitados».

⁸ S. JULIÁ, «La historia social y la historiografía española» (p. 38).

Josep Fontana ha valorado algo más la renovación habida en la historiografía española con anterioridad al estallido de la Guerra Civil y al triunfo de la dictadura de Franco, pero la centra principalmente en la figura de Rafael Altamira.

La renovación de la historia —escribe Fontana—, tanto en su concepción global como en la práctica de la enseñanza, se produciría a fines del siglo XIX y comienzos del XX por obra, en buena medida, de un joven historiador de la Institución Libre de Enseñanza, Rafael Altamira, que en 1900 publicó esa *Historia de España y de la civilización española* que significaría un hito decisivo en la evolución de la historiografía española y que por primera vez trataba de integrar en una visión histórica global tanto lo referente a «clases e instituciones sociales», como la vida económica, la cultura y las costumbres.

Fontana pone a continuación un ejemplo de cómo la semilla sembrada por Altamira estaba transformando las concepciones de la historia y produjo sus primeros frutos en los manuales escolares. Ese sería el caso de *Mi primer libro de historia*, escrito por Daniel G. Linacero, profesor de la Escuela Normal de Palencia, publicado en 1933. Sin embargo la victoria del régimen de Franco iniciaría otra ruptura semejante, en opinión de Fontana, a la que tuvo lugar entre 1814 y 1837. En el terreno de la historia social,

hubo que volver a partir de cero, construyendo el edificio sobre nuevos fundamentos, puesto que en lo que el franquismo había conseguido pleno éxito fue en cortar la relación de la nueva historiografía española con sus raíces de preguerra⁹.

El punto de vista que pienso exponer a continuación no cuestiona la idea de que el franquismo representó una ruptura con la mejor tradición historiográfica española y un enorme empobrecimiento científico y cultural. Tampoco pretende quitarle a la escuela de *Annales* el protagonismo que indudablemente tuvo en la renovación de la historiografía española. Sin embargo, para valorar en su justa medida uno y otro hecho y sus respectivas consecuencias, es conveniente ahondar un poco más en el periodo anterior a 1936 y averiguar si la historiografía española estaba experimentando o no, antes de esa fecha, una renovación digna de tomarse en cuenta y en qué direcciones se producía. Mi opinión es que en relativamente pocos años hubo una modificación sustancial

⁹ J. FONTANA, «La historiografía española del siglo XIX». Recientemente se ha publicado el texto de G. LINACERO, *Mi primer libro de historia*, de 1933, junto al *Manual de historia de España* del Instituto de España, aparecido en 1939, en *Enseñar historia con una guerra civil por medio*, introducción de Josep Fontana, Barcelona, 1999. En la evolución de la historiografía española Altamira representa sin lugar a dudas un hito, como bien señala Fontana, de ahí que sea muy merecida la atención que últimamente está recibiendo su persona y su obra. Véase, en especial, el libro colectivo coordinado por A. ALBEROLA (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, el capítulo que le dedica C. P. BOYD en «*Historia Patria*», y el artículo de B. PELLISTRANDI, «Escribir la historia de la nación española», así como la reciente reedición de algunas de sus principales obras: *Historia de la civilización española*, *Psicología del pueblo español*, *La enseñanza de la historia*.

de la situación creada en la centuria anterior. Si tomamos en cuenta la fecha —ciertamente muy tardía, en comparación con Francia, Alemania o Gran Bretaña— en que la historia adquirió el rango de disciplina académica autónoma en la universidad española, es decir, no antes de principios del siglo xx, la transformación resulta muy notable. Entre 1900 y 1936 la incorporación al movimiento europeo de renovación de la ciencia y de la cultura tuvo efectos positivos en la historiografía española, y ello redujo la enorme distancia que la separaba de las historiografías con mayor tradición académica. En el primer tercio del siglo xx un grupo cada vez más numeroso e influyente de historiadores se puso en España al corriente de los debates provocados por la irrupción de las nuevas ciencias sociales y se distanció progresivamente de la historia política tradicional. Sin exagerar la intensidad de cambio, aun con las fuertes resistencias que se manifestaron en el seno de la institución universitaria y que dificultaron la expansión y el desarrollo de la nueva historiografía, la renovación que tuvo lugar en España merece ser puesta de relieve. Aquí me limitaré a destacar sólo una de las direcciones que tomó esa renovación en las cuatro primeras décadas del siglo xx, precisamente la que procede de Francia y que, en el contexto del diálogo con las nuevas ciencias sociales, mejor cabe situar en el *giro epistemológico* que condujo a la *nueva historia* de *Annales*¹⁰.

LOS PRIMEROS PASOS DE LA RENOVACIÓN HISTORIOGRÁFICA EN ESPAÑA.

La transformación de la historia en una disciplina con entidad científica universitaria es un hecho muy tardío en España. En síntesis podemos afirmar que fue durante el primer tercio del siglo xx cuando se inició un camino parecido —a cierta distancia— al seguido en Alemania o Francia, países en los que la profesionalización de la historia había comenzado cien o cincuenta años antes. Entre 1900 y 1936, mientras España se incorporaba al nuevo clima europeo de renovación del pensamiento científico y de la cultura en general, nuestra historiografía no iba a quedar al margen de los debates provocados por las nuevas ciencias sociales y de las respuestas más innovadoras que dieron los propios historiadores.

En Europa el cambio intelectual había empezado a manifestarse en la historiografía a finales del siglo xix y principios del xx. El cambio era profundo y de consecuencias radicales, por cuanto redefinía completamente el estatuto académico de la historia. La historia no se concebía ahora como una colección de antigüedades, ni como un estudio destinado a preservar la memoria nacional, ni como un material que debía ser tratado filosóficamente, sino como una ciencia pensada del mismo modo que las demás ciencias de la época, al igual que lo estaban siendo entonces las nuevas ciencias sociales. La ciencia de la his-

¹⁰ Por ello ni tan siquiera aludo a otras influencias en la historiografía española del primer tercio del siglo xx que contribuyeron igualmente a su renovación pero que quedan fuera de este coloquio, dedicado a la historiografía francesa en el siglo xx y su recepción en España.

toría había de disponer de métodos, teorías e instrumentos de trabajo acordes con la nueva «epistemología racionalista»: antimetafísica por excelencia, pluralista en sus concepciones de la ciencia y federativa en su rechazo a una sistematización jerarquizada de los distintos tipos de conocimiento. Una nueva epistemología que, a principios del siglo xx, en pleno ambiente cultural de crisis, se desarrolló en oposición tanto al viejo positivismo como a las nuevas corrientes de pensamiento «irracionalistas»¹¹.

A finales del siglo xix, la historia se había comenzado a acercar al campo de las nuevas ciencias sociales por tres caminos que la pusieron en contacto, respectivamente, con la psicología de los pueblos, la sociología y la geografía humana. El primero dio pocos resultados, aunque fue un camino transitado en España durante varias décadas. Con él se relaciona, por ejemplo, el libro de Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*, publicado en 1901, del que hubo una segunda edición corregida en 1917 y precedida de un prólogo muy ilustrativo¹². La sociología, en cambio, fue un reto y al mismo tiempo un estímulo que proporcionó resultados de enorme trascendencia con los que se inició en realidad la «revolución» de la primera mitad del siglo xx contra los viejos paradigmas de la historia tradicional. Las controversias académicas en Alemania (provocadas por las ideas de Karl Lamprecht) y en Francia (que en este país llegaron incluso a modificar en parte la concepción de la historia de los jefes de fila de la «escuela metódica», bien asentada en la institución universitaria¹³), prepararon el terreno para que surgiera una forma nueva de concebir la historia. En este último país la disputa con la sociología durkheimiana estuvo inseparablemente unida a la aparición de la nueva historia que desde 1900 promoverá la *Revue de synthèse historique* de Henri Berr. La «síntesis histórica» se convertirá, a partir de entonces, en un programa científico para hacer de la historia una ciencia social frente al intento de la sociología de satelizarla, un programa científico a la vez equidistante de la vieja historia empirista y de la filosofía idealista de la historia. Más tarde la escuela de *Annales*, como es bien sabido, tendrá en la «síntesis histórica» de Berr (y a través de ella en la geografía humana de ámbito regional, contrapuesta al determinismo de la raza) y en la sociología durkheimiana, sus dos fuentes principales de inspiración a la hora de elaborar su propio proyecto de convertir a la historia en una verdadera «ciencia social».

Por ello, al centrar nuestra mirada en España, se puede inferir la renovación o no de nuestra historiografía por aquellos mismos años (durante las tres primeras décadas de nuestro siglo) de controversias similares a las que se dieron en Francia y Alemania. ¿Permanecieron ajenos los historiadores españoles, con la única excepción de Rafael Altamira, a los desafíos y a los estímulos procedentes de las nuevas ciencias sociales? Ciertamente no podía haber en nuestro

¹¹ Véanse las contribuciones de Enrico CASTELLI GATTINARA y Bertrand MÜLLER en el libro colectivo bajo la dirección de A. BIARD *et alii*, *Henri Berr et la culture du xx^e siècle*.

¹² Hay reedición reciente, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, con introducción de Rafael Asín.

¹³ Ver A. PROST, «Seignobos revisité».

país competencia entre saberes dentro de la universidad, dado que en España la historia hasta 1900 careció de una mínima entidad (reducida a una materia complementaria en la licenciatura de Derecho y a unas cuantas asignaturas en una Facultad de segunda categoría como era la de Filosofía y Letras), mientras que la sociología tenía menos importancia aún y la geografía ni siquiera se había incorporado como disciplina autónoma. A pesar de ese pobre panorama, ¿se encontraban nuestros historiadores aislados de los debates y de las propuestas que la irrupción de las nuevas ciencias sociales provocaba fuera de España?

Gonzalo Pasamar ha mostrado recientemente¹⁴ que no hubo aislamiento en casos poco conocidos hasta ahora como el de Manuel Sales y Ferré, el primer sociólogo universitario español, catedrático de sociología de la Universidad Central desde 1899 y discípulo predilecto de Fernando de los Ríos. Su papel a la hora de tender lazos entre la historia y la sociología en España fue importante en aquella época y así lo reconoció y valoró enormemente José Deleito y Piñuela, catedrático en la Universidad de Valencia, que se consideraba discípulo de Sales y Ferré y al mismo tiempo de Rafael Altamira. José Deleito y Piñuela hizo su doctorado en historia en la Universidad Central de Madrid en 1900 con un tribunal del que formó parte Sales y Ferré. Seis años más tarde ganó la cátedra de Historia Antigua y Media de la Universidad de Valencia, donde permaneció hasta su depuración por el régimen de Franco al acabar la Guerra Civil. Sus lazos con Madrid no se rompieron al llegar en 1906 a Valencia y entre 1909 y 1911 se incorporó al Seminario de Historia Contemporánea del Centro de Estudios Históricos y comenzó una investigación en archivos y bibliotecas dirigida por Rafael Altamira. En 1914 la Junta de Ampliación de Estudios le concedió un pensionado para estudiar en Francia, Bélgica y Suiza sobre el tema «la emigración española en tiempos de Fernando VII», interrumpido por la primera guerra mundial y reanudado en 1925. En 1932 y 1933 será de nuevo becado para ir a Francia e Italia¹⁵.

Tras su primera estancia como investigador fuera de España, Deleito pronuncia un discurso en 1918, con motivo de la apertura del año académico en la Universidad de Valencia (impreso en esa misma fecha, en forma de libro de 165 páginas con el título *La enseñanza de la historia en la universidad española y su reforma posible*¹⁶), que es un extenso alegato, con numerosas referencias bibliográficas, en favor de un nuevo modo de concebir la historia como disciplina universitaria. La «ciencia histórica» que preconizaba entonces Deleito había de formar investigadores en la dirección de lo que ocurre

en los dos países que, aunque con distinta orientación, van a la cabeza del movimiento historiográfico: Francia y Alemania.

Para lo cual era preciso cambiar en España el sistema de enseñanza de la historia e introducir cursos superiores de investigación, poniendo a los estudian-

¹⁴ G. PASAMAR ALZURIA, «Los historiadores españoles».

¹⁵ Archivo de la Universidad de Valencia, expediente académico de José Deleito.

¹⁶ P. RUIZ TORRES (ed.), *Discursos sobre la historia*, pp. 143-246.

tes en contacto con las fuentes directas y con los nuevos métodos de trabajo, y familiarizándolos con los archivos, las bibliotecas y los museos. La «ciencia histórica», por otra parte, no debía confundirse, en palabras de Deleito, con «el abuso de la investigación detallista». Los historiadores no habían de ser

simples ratones de Archivo, sin cultura general ni sentido histórico, sin el espíritu elevado del hombre de ciencia, que sólo analiza lo pequeño como base para reconstruir lo grande.

La reacción contra ese tipo de historia, nos dice el catedrático de la Universidad de Valencia, se ha iniciado en Francia y en la propia Alemania (los trabajos de Lamprecht, añade, llamaron la atención de Monod en su intervención en el Congreso de Ciencias Históricas de Roma, celebrado en 1903). La historia concebida como ciencia había de ser, según Deleito, psicológica y social, lo cual no excluía ni mucho menos

las dotes que podemos llamar artísticas del historiador,

a la hora de relatar los hechos y de evocar el pasado,

ni la función educadora de la misma, a la manera como lo han hecho en Francia los manuales escolares de los Lavisse, Seignobos, etc.

y en España Rafael Altamira, «un adelantado entre nosotros», autor del libro *La enseñanza de la historia*, publicado a finales del siglo XIX.

Las ideas de Deleito acerca de la historia, expuestas en el discurso de 1918, contrastan poderosamente con el panorama universitario que describe. Los estudios superiores no se habían organizado en España conforme a directrices racionales y los estudios históricos, en particular, se encontraban entre los que menos atención recibían. No había sido hasta 1900 que la historia comenzó a adquirir una entidad propia en las universidades, al crearse en algunas de ellas la sección de Historia, dentro de la Facultad de Filosofía y Letras. Cuando Deleito pronuncia su discurso, en 1918, los alumnos que iban a licenciarse en Historia pasaban dos años, de los cuatro que debían cursar, sin estudiar otra cosa que una asignatura de Historia de España y otra de Historia Universal. La reforma que propugnaba el catedrático de la Universidad de Valencia incluía, en los cursos preparatorios comunes de la Facultad de Filosofía y Letras, la psicología individual y social, y la geografía humana (sólo había entonces una geografía política y descriptiva), así como, en los dos últimos años, una enseñanza pedagógica y metodológica capaz de formar profesores de secundaria e investigadores familiarizados con la ciencia histórica y no, como hasta entonces, licenciados en historia con conocimientos incompletos y superficiales. La iniciación al trabajo científico en historia tenía en España una referencia institucional de cierta entidad: el Centro de Estudios Históricos creado en 1910. Al frente de sus «seminarios científicos» estaban el conocido filólogo erudito Ramón Menéndez Pidal, el eminente historiador Rafael Altamira, el arabista Asín Palacios y el filósofo Ortega y Gasset. Otras iniciativas, nos dice Deleito, habían permitido que surgieran centros de trabajo análogos, por ejemplo el

seminario de historia de Aragón en la Universidad de Zaragoza, el de historia del Derecho español creado por Altamira en la Universidad de Oviedo, el seminario de árabe del profesor Codera en Madrid, el «Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino», debido a la iniciativa de varios profesores de la Universidad de Granada, y el Institut d'Estudis Catalans de Barcelona.

La conferencia publicada en 1918 recibió un cálido elogio en la *Revue de synthèse historique*. La extensa reseña de André D. Tolédano, publicada con el título «L'enseignement de l'histoire dans les universités espagnoles», y aparecida en diciembre de 1925¹⁷, destacó las afinidades de las ideas expuestas por Deleito con las teorías de la síntesis histórica:

Nous en pouvons aussi que nous féliciter de voir que les théories de la synthèse historique ont en Espagne, en la personne de M. Deleito, un partisan convaincu et agissant. Tout en faisant des réserves sur sa conception de l'art-histoire, renouvelée de Benedetto Croce, nous souscrivons bien volontiers à tout ce qu'il a dit concernant l'analyse et la synthèse, et nous le remercions très sincèrement du jugement si sympathique qu'il a bien voulu porter sur l'activité de notre revue et de son directeur.

El propio Deleito publicará en diciembre de 1930, en el último número de la *Revue de synthèse historique*, un artículo (el único de un historiador español en toda la historia de la revista, de la cual se conserva en la Universidad de Valencia la colección casi completa) titulado «Quelques données sur l'historiographie en Espagne de 1900 a 1930 du point de vue de la synthèse»¹⁸. El artículo es muy significativo porque muestra los progresos que se habían dado en España en el campo de la historiografía desde la fecha decisiva de 1900, cuando, según Deleito, surge un nuevo tipo de historia, rigurosa en sus métodos de trabajo, con sentido crítico y una «gran masa de lectores» que constituye su público, que se contrapone a la cultura histórica del siglo XIX, caracterizada por un «lirismo acentuado», por el «exclusivismo de la historia política» y por la «propaganda doctrinal apasionada y tendenciosa». Sin embargo, a la hora de comprobar en qué consiste la transformación a que se refiere nuestro autor, lo cierto es que, como él mismo reconoce:

*En Espagne, il n'y a pas, comme en France, une différence bien marquée entre l'analyse et la synthèse en histoire, et pour ce dernier sujet, il n'existe aucune revue ou bibliothèque spéciale, bien qu'il y ait des publications et des enseignements portant sur ces deux aspects de l'histoire*¹⁹.

La síntesis histórica en el siglo XIX (cuyo representante más brillante, según Deleito, era Castelar, «le Michelet espagnol»), era un género superficial, florido, ampuloso, oratorio y poco sólido, contra el cual reaccionaron numerosos historiadores que conocían las corrientes europeas y en particular los trabajos sali-

¹⁷ A. D. TOLÉDANO, «L'enseignement de l'histoire», pp. 183-188.

¹⁸ J. DELEITO Y PIÑUELA, «Quelques données».

¹⁹ *Ibid.*, p. 42.

dos del cuerpo de archiveros, llevados siempre al análisis micrográfico e inspirándose en el tipo alemán de historia, que muestra sus preferencias por los detalles y las investigaciones minuciosas. Las academias y los centros de estudios siguieron esa tendencia y los defensores de la síntesis se encontraron en minoría. Sin embargo, la enseñanza universitaria oficial fue ante todo sintética y en el curso de los últimos años, la reacción necesaria en favor de la síntesis, que en Alemania estuvo representada por la escuela de Lamprecht, poco a poco ganó terreno, incluso entre los investigadores.

*Mais le savant qui a fait le plus dans ce siècle pour la synthèse historique en Espagne est M. Rafael Altamira, que je reconnais personnellement comme mon maître*²⁰.

De Rafael Altamira, Deleito destaca que se formó en la enseñanza filosófica de un gran pensador español, Giner de los Ríos, en la enseñanza histórico-jurídica de Joaquín Costa y en la enseñanza propiamente histórica, que recibió en la Sorbona de Gabriel Monod. Su obra *Historia de España y de la civilización española* es, en palabras de Deleito, el trabajo de síntesis más extraordinario que se ha realizado hasta ese momento. La nueva dirección indicada por Altamira ha sido seguida por la mayoría de los historiadores, nos dice Deleito en 1930, entre los cuales nuestro autor destaca a Rafael Ballesteros Beretta y Pedro Aguado Bleye (en el campo de la prehistoria, la figura que Deleito resalta es Pere Bosch Gimpera, cabeza visible de una escuela de jóvenes prehistoriadores catalanes, «el más distinguido de los cuales es Luis Pericot», también en aquellos años catedrático en la Universidad de Valencia).

La tardía y débil implantación de la historia en las universidades españolas explica, qué duda cabe, el eclecticismo de que hacen gala los historiadores más renovadores. La «ciencia de la historia» que reclaman se contraponen al clásico trabajo erudito y detallista, pero no es posible decantarse sólo por la «síntesis» cuando la investigación basada en documentos está casi en sus inicios. A lo sumo se trata de poner énfasis en la necesidad de no quedarse en el estudio monográfico particular y llegar a establecer con carácter general «líneas» o «direcciones» fundamentales de la historia, capaces de explicarnos lo que ha ocurrido. Eso es precisamente lo que Rafael Altamira propone en su conferencia «Direcciones fundamentales de la Historia de España», pronunciada en la Universidad de Valencia y publicada en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* en 1923²¹, que repite y anticipa ideas desarrolladas en las distintas ediciones de sus libros *Historia de España y de la civilización española*, *Historia de la civilización española* y *Manual de historia de España*²². Semejante síntesis,

²⁰ J. DELEITO Y PIÑUELA, «Quelques données», p. 43.

²¹ Publicada también en *Annales de la Universidad de Valencia*, 3, cuaderno 18, 1922-1923, pp. 93-126.

²² La *Historia de España y de la civilización española*, en cuatro volúmenes, comenzó a publicarse en 1900 y terminó en 1911. La cuarta edición, «corregida y aumentada», corresponde a los años 1928-1929. La *Historia de la civilización española* se publicó en 1902 también en Barcelona, en la colección Manuales Soler, y se hicieron numerosas reimpresiones hasta la nueva edición

tan alabada por Deleito, quedaba sin embargo significativamente enmarcada en los viejos moldes de la historia nacional (la «historia-patria», como la denomina Carolyn P. Boyd²³). Se encontraba por tanto, en ese sentido, lejos todavía de la «síntesis científica» (en el terreno de las ciencias humanas e incluso de las ciencias en general) que defendía la nueva epistemología racionalista propugnada por Henri Berr, recién salida de la crisis intelectual de principios de siglo.

Con todo, sabemos todavía muy poco acerca de cómo estaba evolucionando y renovándose la historiografía española justo cuando hizo su aparición la revista *Annales*. Por entonces no se hablaba (tampoco en España) de «escuela» alguna en torno a dicha revista, ni mucho menos de que hubiera surgido una «nueva historia» de carácter económico y social. Pero los primeros trabajos de Lucien Febvre y Marc Bloch eran conocidos en nuestro país. Jaume Vicens Vives recordaba en 1951 que el libro de Febvre, *La tierra y la historia*, ejerció sobre él una poderosa influencia a principios de los años treinta,

cuando, recién salido de las aulas universitarias, emprendí la dolorosa
cuesta de aprender por mí mismo lo que allí no se me había enseñado²⁴.

El libro de Febvre acababa de aparecer en España traducido por Pericot, discípulo de Bosch Gimpera. Pere Bosch Gimpera había sido director del Servei d'Investigacions Arqueològiques de l'Institut d'Estudis Catalans creado en 1915 y el año siguiente ganó la cátedra de Historia Universal Antigua y Media de la Universidad de Barcelona. Desde 1933 hasta 1939 fue rector de la Universidad Autónoma de Barcelona, la primera y única universidad autónoma que había entonces en España. Vicens le debía mucho al prehistoriador catalán, entre otras cosas buena parte de su formación universitaria, una relación muy estrecha de colaboración en la segunda mitad de los años treinta (que en la práctica lo convirtió en una especie de secretario personal suyo) y la visión plural de España y de su historia. Bosch Gimpera había esbozado esa idea de España en la lección inaugural del curso 1937-1938²⁵ en la Universidad de Valencia, donde Luis Pericot, su más directo discípulo, era catedrático desde principios de los años treinta.

Significativamente en aquellos años, inmediatamente anteriores a la Guerra Civil, Vicens lanzó una fuerte crítica a la historiografía catalana de corte nacionalista (Soldevila), que le parecía excesivamente decantada hacia la historia política, y mantuvo una polémica con Rovira i Virgili, en favor del análisis «econó-

aparecida en 1933 en la que el autor introduce algunos cambios importantes. El *Manual de historia de España* era un resumen de la primera de estas obras, que apareció publicado en Madrid en 1934 y tuvo una segunda edición, Buenos Aires, 1946. Véase J. M. JOVER ZAMORA, «Por una historia de la civilización española».

²³ C. P. BOYD, «*Historia Patria*».

²⁴ J. VICENS VIVES, «Lucien Febvre y los *Annales*».

²⁵ P. BOSCH GIMPERA, «España». Son muy interesantes sus *Memòries* (Barcelona, 1980) que cubren en especial el período comprendido entre su formación como estudiante de Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad de Barcelona a principios de siglo y el exilio de los años cuarenta en Francia, Inglaterra y finalmente en México, donde murió en 1974.

micosocial y orgánico». Vicens, como ha mostrado en su excelente libro Josep M. Muñoz, reivindicaba su formación universitaria, no en vano había sido en la universidad donde sus compañeros y él habían descubierto la colección «L'évolution de l'humanité» y aprendieron a conocer a Berr y, sobre todo, a Febvre y Bloch. En palabras de Vicens citadas por Muñoz:

*D'aquestes lectures, on ja s'endevinava el rumb que anava a prendre la nova historiografia d'Occident, ens formàrem la idea d'una història complexa, on s'articulaven de molt diversa manera una sèrie d'interessos humans, socials i econòmics*²⁶.

En ese mismo sentido Deleito, en su artículo de 1930 publicado en la *Revue de synthèse historique*, consideraba «L'évolution de l'humanité», dirigida por Henri Berr,

la síntesis más vasta y más moderna que está en curso de publicación.

La nueva obra veía entonces la luz en castellano gracias a la editorial Cervantes de Barcelona, poco tiempo después de que apareciera en francés. En España la traducción la hizo un grupo de profesores encabezados por Deleito y Pericot²⁷.

LOS INICIOS DE UNA NUEVA ETAPA.

Por todo lo expuesto en el apartado anterior, es decir, por el hecho de que una pequeña parte de nuestra historiografía hubiera empezado antes de la Guerra Civil a introducir en España las nuevas ideas de la «revolución historiográfica» en curso en aquellos años, resulta muy evidente que la primera década de la dictadura de Franco significó en España una ruptura con el movimiento renovador que se estaba extendiendo por Europa y que en 1929 había dado origen a la revista *Annales*. Ese movimiento transformaba profundamente la forma tradicional de concebir la historia como ciencia. A diferencia de lo que piensa Ignacio Olábarri²⁸, hubo en la primera mitad del siglo xx en Europa una auténtica revolución historiográfica, en el doble sentido epistemológico y metodológico, que sin embargo no debe reducirse al surgimiento de la escuela de *Annales*, por mucho que ésta represente una aportación original de enorme importancia y trascendencia en el camino de esa doble transformación experimentada por la historiografía en el periodo de entreguerras. Los fundamentos epistemológicos y metodológicos de la historia como disciplina cambiaron en la primera mitad de nuestro siglo, lo cual no fue cosa de pocos años, ni se produjo en los moldes clásicos creados en el siglo xix (la «escuela histórica» alemana, las otras escuelas históricas nacionales). A los

²⁶ J. M. MUÑOZ I LLORET, *Jaume Vicens Vives*, p. 68.

²⁷ También era accesible al lector español en aquellos años la *Cambridge Modern History*, publicada en castellano por la editorial Sopena.

²⁸ I. OLÁBARRI, «La recepción en España».

Annales le cupo un papel muy importante, aunque más modesto de lo que luego proclamaron sus progenitores.

En otro orden de cosas, tampoco comparto el punto de vista de Olábarri según el cual la trayectoria de nuestra historiografía se nos mostraría como una evolución lenta y gradual sin rupturas, una vez en nuestro país por fin arraigó (en la primera mitad del siglo xx) la historia concebida como ciencia al modo de la escuela alemana del siglo xix. Según Olábarri, la «práctica historiográfica alemana» (la erudición, el método crítico), directa o vía Francia, se introdujo en España en aquellos años y esa práctica se siguió manteniendo antes y después de la Guerra Civil, en la España de Franco y en el exilio republicano, hasta los primeros años cincuenta y en muchos aspectos bastante más allá.

En mi opinión, por el contrario, hubo durante el primer tercio del siglo xx, como acabamos de ver, mucho más en la historiografía española que simplemente la introducción de la erudición y el método crítico de la escuela alemana. El diálogo con las nuevas ciencias sociales, que tuvo también sus repercusiones en la historiografía española, trajo consigo un rechazo de la historia identificada con la práctica tradicional de la escuela alemana y la apertura a nuevas concepciones que rompieron con la historia entendida como ciencia empírica a la manera del siglo xix. Una de esas nuevas formas de historia fue la idea de síntesis histórica promovida por Henri Berr y su revista.

La ruptura producida por la guerra y el triunfo de la dictadura de Franco, en relación con la trayectoria que había seguido en el primer tercio del siglo xx la parte más renovadora de nuestra historiografía, tuvo por ello consecuencias muy negativas. Me limitaré a hacer sólo un par de menciones a la intensidad de esa ruptura en el interior de España, con el enorme empobrecimiento científico y cultural que trajo consigo. La primera remite al hecho bien conocido del exilio y lo que supuso para nuestra historiografía, como en general para nuestra ciencia y nuestra cultura. No puedo dedicarle por desgracia a ese aspecto la atención que merece, pero bastará con recordar que Rafael Altamira murió en México en 1951, sin volver a España, y que Pere Bosch Gimpera se exilió en 1939 y, después de pasar por Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Guatemala, se estableció finalmente también en México, donde fue profesor en la universidad hasta su muerte en 1974. En México precisamente se editaron por primera vez en castellano libros fundamentales de Lucien Febvre y de Marc Bloch y se retomó el proyecto de publicación de «*L'évolution de l'humanité*», cuyos primeros volúmenes habían aparecido antes de la guerra en España.

La segunda mención nos lleva a otro asunto de consecuencias igualmente importantes. Es cierto que algunos de los historiadores que estuvieron al corriente del cambio epistemológico del primer tercio del xx se quedaron en España o volvieron pronto a ella, pero al acabar la guerra los vencedores crearon un clima de tal dogmatismo ideológico y propiciaron un aislamiento y una pobreza intelectual tan asfixiantes, que poco se pudo hacer en España por seguir las ideas y las líneas de trabajo más renovadoras que se habían gestado antes. Durante los años cuarenta, todo aquello que no formara parte de las

esencias de la tradición católica y de los ideales que animaban la «revolución nacional-sindicalista» estuvo bajo sospecha. En un medio tan hostil se produjo la expulsión de Vicens Vives de la universidad. El historiador catalán hubo de iniciar un duro camino que, tras renunciaciones evidentes y alguna que otra concesión al nuevo régimen²⁹, le condujo finalmente a obtener el preciado estatus académico que le permitirá en 1950 defender sin miedo las nuevas ideas historiográficas. Ese mismo ambiente hostil fue sentido dramáticamente por intelectuales como Ortega, quien después de pretender recuperar su prestigio anterior y su influencia, se encerró en un silencio tan repleto de angustias como vacío de nuevos proyectos³⁰. Hubo, en fin, quien puso todas sus esperanzas en pasar desapercibido, como es el caso de Deleito, después de sufrir un proceso de depuración que le apartó definitivamente de la cátedra universitaria. Deleito iba a ser acusado de

izquierdista intransigente y sectario, apartado de la iglesia católica

y expulsado de la universidad por

sus lecciones de cátedra, de giro avanzado y disolventes, enraizadas en el positivismo racionalista de finales del siglo XIX y saturadas del espíritu de institucionistas tan destacados como Sales y Altamira, rezumantes de su fobia clerical y criterio heterodoxo,

lecciones que, en opinión de quienes lo apartaron de la universidad,

repudian en bloque el caudal histórico bíblico, por su carácter religioso, y revelaban gusto especial en zaherir todo lo grande, magnífico y original de la Historia de España³¹.

Hasta tal punto tuvo éxito esa ruptura, que consiguió hacer que la nueva historiografía española olvidara sus antecedentes de preguerra, aunque no siempre desaparecieran completamente algunas líneas de continuidad entre ambas (García de Valdeavellano y su amistad con Pierre Vilar, Ramón Carande y la influencia que iba a tener el primer tomo de *Carlos V y sus banqueros* publicado en 1943, por no hablar del propio Vicens). Debido precisamente a esa ruptura, la historia de *Annales* en España se convirtió, a partir de la década de los cincuenta, en el modelo a imitar, un modelo que parecía no haber tenido precedentes, cuando lo cierto es que la renovación había comenzado entre nosotros bastante antes de que se creara la famosa revista.

La renovación que se percibe en los años cincuenta y sesenta en nuestra historiografía no se relaciona siempre directa o indirectamente con la recepción de la escuela de *Annales* o con sus remotos antecedentes. Hubo quien se man-

²⁹ J. M. MUÑOZ I LLORET, *Faume Vicens Vives*.

³⁰ G. MORÁN SUÁREZ, *El maestro en el erial*.

³¹ Expediente de depuración recogido en la tesis doctoral inédita de Isabel María GALLARDO FERNÁNDEZ, *Un krauso-institucionista de última hora: José Deleito y Piñuela* (2 vols.), Universidad de Valencia, 1989.

tuvo durante algún tiempo ajeno a esas influencias, como le ocurrió a Miguel Artola, pero no al diálogo con las nuevas ciencias sociales por otros caminos que entroncaban con la mejor tradición liberal española³². En el caso de José María Jover, hay que destacar su temprana y original contribución a la historia social en un breve trabajo sobre burguesía y clase obrera publicado en 1951³³. Un destacado discípulo de Ortega en los años treinta, José María Maravall, doctorado en 1944 con una tesis sobre la teoría del Estado en el siglo xvii, dejó atrás el nacionalismo exacerbado y el compromiso con las ideas antimodernas que alentaba el régimen para abrirse en la década de los cincuenta a un euro-peísmo en el que la influencia del idealismo orteguiano se conjugó con lo aprendido en su estancia de varios años en París. Allí entró en contacto con la obra de Raymond Aron, Lucien Febvre y Fernand Braudel cuya influencia, junto con la de Ortega, se manifiesta en su libro *Teoría del saber histórico* publicado en 1958³⁴.

Sin embargo, con las excepciones de rigor, la transformación preconizada por la escuela de *Annales* y la difusión por España de sus ideas (a través principalmente de Vicens y sus colaboradores, a los que muy pronto se añade Felipe Ruiz Martín, el único que puede considerarse verdadero discípulo de Braudel), originó o reforzó considerablemente, en los años cincuenta, una nueva forma de concebir la historia que sólo en la década siguiente comenzó a predominar en algunos pocos círculos universitarios. La enseñanza de la historia y la investigación histórica cambiaron radicalmente allí donde, como es el caso de la universidad de la que provengo, la influencia de Vicens y de los *Annales* se conjugaron, sin olvidar desde luego otras aportaciones. La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia fue uno de los pocos núcleos de renovación historiográfica que hubo en España a finales de los cincuenta y durante la década de los sesenta. Por entonces coincidieron en ella Joan Reglà (estrecho colaborador de Vicens), José María Jover (al que sucedió, tras su marcha a Madrid en 1964, Emili Giralt, discípulo de Vicens Vives), Antonio Ubieto (convertido en crítico de las ideas de Menéndez Pidal), Miquel Tarradell (discípulo de Bosch Gimpera) y Julián San Valero (discípulo de Deleito). De ese ambiente renovador de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia salió la *Introducción a la historia de España* de Ubieto, Reglà, Jover y Seco, la mejor síntesis de historia de España que hubo durante mucho tiempo.

De qué modo se introdujo en España, en un pequeño círculo de historiadores, la renovación inspirada en los *Annales* y cómo fue luego extendiéndose y expandiéndose por diversas universidades durante los años sesenta y setenta, es algo que requeriría de mucho más tiempo del que ahora dispongo. En el caso de Vicens y de sus discípulos directos (la llamada «escuela de Barcelona»)

³² A ello aludo en P. RUIZ TORRES, «Del Antiguo al Nuevo Régimen», pp. 160-163.

³³ J. M. JOVER ZAMORA, *Conciencia burguesa y conciencia obrera*, en su origen una conferencia leída en el Ateneo de Madrid el 30 de abril de 1951.

³⁴ J. VARELA, *La novela de España*, pp. 323-370.

existe bibliografía para reconstruir con algo de detalle ese proceso³⁵. Vicens y sus colaboradores y discípulos (Reglà, Nadal, Giralt, Fontana y, estrechamente unido a ellos, Gonzalo Anes) introdujeron en España durante los años cincuenta y sesenta la «historia económica y social» de los *Annales*. Vicens lo hizo aprovechando la revista *Estudios de Historia Moderna* (que por desgracia tuvo una vida muy corta), creada un año después del famoso Congreso de París, y el *Índice Histórico Español* que fundó en 1953. Muy especialmente la nueva orientación se hizo patente en la visión de la historia de España y de Cataluña que Vicens Vives desarrolló en libros como *Aproximación a la historia de España* (1952), *Noticia de Cataluña* (1954) e *Industrials i polítics del segle XIX* (1958), así como en diversos artículos³⁶ (algunos recogidos en el libro *Coyuntura económica y reformismo burgués*³⁷ publicado en 1969 después de su muerte) y en obras colectivas como la *Historia social y económica de España y América*, aparecida entre 1957 y 1959, y la *Historia económica de España* (1959), escrita en colaboración con Jordi Nadal³⁸.

La recepción de la nueva historia de *Annales* tuvo en España unos rasgos muy particulares. Estuvo lejos de ser una mera imitación de las ideas de Bloch, Febvre o Braudel y se limitó a incorporar una parte del caudal renovador de los padres fundadores de dicha escuela, al tiempo que dejó fuera otros aspectos no menos importantes. Para empezar, lo que realmente penetró en España en los años cincuenta y sesenta fue el tipo de historia económica y social que en aquellos años impulsaban en Francia tanto Labrousse como Braudel, una historia económica que cabía a su vez enmarcar en el contexto del interés creciente que el estudio de las estructuras y las coyunturas económicas había despertado en Europa y Estados Unidos a partir de la crisis de 1929 y en especial tras el final de la segunda guerra mundial. Por otro lado, la influencia de la historia económica

³⁵ Los numerosos artículos aparecidos en la revista *L'Avenç* y en la *Revista de Catalunya*, las contribuciones al libro *La historiografía catalana* publicado en 1990 por el Cercle d'Estudis Històrics i Socials de Girona, el balance de B. de RIQUER PERMANYER, «Apogeo y estancamiento de la historiografía catalana», la excelente biografía intelectual de Vicens que ha publicado Josep M. Muñoz y que hemos mencionado varias veces en este trabajo, la primera parte del primer volumen homenaje a Jordi Nadal, *La industrializació i el desenvolupament econòmic d'Espanya*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1999, etc.

³⁶ «Evolución de la economía catalana durante la primera mitad del siglo xv», ponencia presentada el IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Palma de Mallorca, 1955; «Hacia una historia económica de España. Nota metodológica», *Hispania*, 57, 1954; «Coyuntura económica y reformismo burgués. Dos factores en la evolución de la España del Antiguo Régimen», *Estudios de Historia Moderna*, 4, 1954, etc.

³⁷ Entre ellos, además del que da título al libro, destacan «Estructura administrativa y estatal en los siglos xvi y xvii», su contribución al XI Congreso de Ciencias Históricas, Estocolmo, 1960, uno de sus últimos trabajos, y «La industrialización y el desarrollo económico de España de 1800 a 1936», publicado póstumamente en la *Première conférence internationale d'Histoire économique*, París - La Haya, 1960.

³⁸ Vicens fue nombrado en 1954 profesor encargado de curso de Historia Económica de España en la recién creada Facultad de Económicas. Fruto de sus clases fueron los *Apuntes del curso de historia económica de España*, publicados en 1956, y más tarde el manual *Historia económica de España* en el que colaboraría su discípulo Jordi Nadal.

de Labrousse-Braudel sobre Vicens fue en realidad muy relativa. Vicens la adaptó a las ideas acerca de la historia que había ido adquiriendo, ensayando y modificando desde los años treinta, de procedencia tan distinta como la historiografía vinculada al regionalismo y al nacionalismo catalán, la contribución alemana al cambio producido en la historiografía europea tras la emergencia de las nuevas ciencias sociales³⁹ y la renovación procedente de la síntesis histórica de Berr y de los fundadores de *Annales* en Francia en el sentido de una «historia total» y no sólo económica.

La introducción de la historia económica y social en los años cincuenta y sesenta en España, a la manera que entonces se identificaba con la escuela de *Annales*, fue impulsada, además de por Vicens, por un reducido grupo de sus más directos colaboradores y discípulos, que se encargaron de traducir al castellano y publicar en España obras representativas de aquella corriente. Josep Fontana recordaba, en una entrevista que mantuve recientemente con él⁴⁰, que la primera traducción de una obra de un miembro de la escuela de *Annales* en España fue en 1952 el libro de Charles Morazé *Principios generales de historia, economía y sociología*, que pasó sin pena ni gloria. Hubo que esperar a la década de los sesenta para que aparecieran las primeras traducciones de interés metodológico. Con anterioridad, los volúmenes de Febvre y Bloch de la serie «L'évolution de l'humanité» habían sido editados en castellano en México por UTEHA y a principios de los cincuenta Fondo de Cultura Económica publicó también allí el *Mediterráneo* de Braudel y la *Introducción a la historia* de Bloch.

En la década de los sesenta vio la luz en España la traducción de *Fluctuaciones económicas e historia social* de Ernest Labrousse, en 1962, inspirada por Gonzalo Anes, y *Crecimiento y desarrollo* de Pierre Vilar, en 1964, por indicación de Jordi Nadal, libro que recopilaba una serie de artículos del citado historiador traducidos por Nadal, Fontana, Anes y Giralt, pero no siguiendo la edición francesa, sino incluso con originales del propio Vilar, que con anterioridad se había visto obligado a publicar parcialmente o de forma resumida algunos de esos textos. De Pierre Vilar existía una edición en castellano de su *Historia de España* (París, Librairie Espagnole, 1960, Manuel Tuñón de Lara era el traductor), que circulaba clandestinamente por las librerías españolas. Su gran obra *Catalunya dins l'Espanya moderna* apareció en catalán entre 1965 y 1968 en cuatro volúmenes, traducida por Eulalia Durán. Nadal estuvo detrás también de la traducción y publicación de *Oro y moneda en la historia* (Barcelona, 1969) que recoge los apuntes del curso de Vilar en París y originalmente se editó en castellano antes que en francés.

³⁹ Y que en el conjunto de las humanidades se manifiesta tempranamente en muchos otros casos, comenzando por el de Bosch Gimpera, quien nada más terminar sus estudios de doctorado en la Universidad de Madrid en 1911 obtuvo un pensionado para trasladarse a Berlín (véase P. BOSCH GIMPERA, *Memòries*, pp. 51-72).

⁴⁰ Barcelona, Casa de las Aguas, Institut Jaume Vicens Vives, del que actualmente (9-09-1999) es director Josep Fontana. Me ha sido muy útil toda la información que Fontana tuvo entonces la amabilidad de proporcionarme y que parcialmente incorporo en relación con este asunto de la introducción de la historia económica en España durante la década de los años sesenta y principios de los setenta.

El primer estudio de Braudel traducido en España fue *Las civilizaciones actuales*, en 1966, seguido dos años después de una recopilación de textos teóricos con el título de *La historia y las ciencias sociales*, precedidos de una valiosa introducción de Felipe Ruiz Martín. De Georges Duby el primer libro fue *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, traducido por Jaume Torras y publicado en 1968, y de Le Goff, *La civilización del Occidente medieval*, un año más tarde. Las obras de los «maestros fundadores», en cambio, tardaron mucho más en editarse en España. Josep Fontana seleccionó una serie de artículos de Lucien Febvre en el libro aparecido en 1970 con el título *Combates por la historia* (cuya traducción fue encomendada a Francisco Fernández Buey y Enrique Argullol) y ese mismo año también se publicó *Erasmus, la Contrarreforma y el espíritu moderno*. Un artículo de Bloch apareció en 1975, en el volumen colectivo *La transición del feudalismo al capitalismo* (Madrid, Akal), y habrá que esperar a una fecha tan tardía como 1978 para que, de la mano de Fontana, se edite en castellano *La historia rural francesa*.

Así pues, las ideas y las obras más significativas de la «escuela de *Annales*» se difundieron en los años cincuenta y sesenta en España gracias principalmente a Vicens y a sus más directos colaboradores y discípulos. En aquellos años la «nueva historia» era la «historia económica y social» a la manera como la concebía la historiografía francesa encabezada por Labrousse y Braudel. Dicha renovación historiográfica despertó en España incluso la hostilidad del mundo académico oficial. Los historiadores conservadores no sólo ignoraron *El Mediterráneo* de Braudel sino que llegaron a publicar artículos condenando la historia de *Annales*. Incluso un «precursor» de antes de la guerra como Carmelo Viñas Mey atacó las ideas de Vicens. En el pequeño grupo de historiadores que entonces experimentaba la influencia de *Annales* el historiador francés que llegó a ser mejor conocido y resultó más influyente fue con mucho Pierre Vilar, especialmente entre los universitarios catalanes y valencianos. Por ello casi desde el origen, y de modo creciente en la década de los sesenta, la recepción de la nueva historia de *Annales* en España se combinó con la influencia del marxismo, en una proporción cada vez más favorable a esta segunda corriente, algo en lo que tuvo mucho que ver, además del enorme impacto de la obra de Pierre Vilar⁴¹, el interés que despertó el debate Dobb-Sweezy sobre «la transición del feudalismo al capitalismo», entonces en pleno auge.

Hasta poco antes de la muerte de Franco, con pocas excepciones como la de Felipe Ruiz Martín, la recepción de la «historia económica y social» de *Annales* tuvo como principales protagonistas a un grupo de jóvenes historiadores del entorno de Vicens, la mayoría comprometidos con ideologías políticas antifranquistas de izquierda y muy receptivos a la influencia del materia-

⁴¹ Lo que puede comprobarse, por ejemplo, en el volumen homenaje coordinado por R. FERNÁNDEZ (ed.), *España en el siglo XVIII*, con prólogo de Josep Fontana, en el que además de poner de manifiesto la extraordinaria importancia que tuvo Vilar en la renovación propugnada por el grupo catalán, hay una dura crítica a Braudel y a los historiadores que integraban entonces la escuela de *Annales*.

lismo histórico en el conjunto de las ciencias sociales, una influencia que, por cierto, había empezado a manifestarse en España con bastante retraso⁴². El intento de la historiografía oficial de marginar a ese círculo de historiadores fue poco a poco fracasando a partir de los años sesenta. Uno de los primeros éxitos académicos de la nueva historiografía tuvo lugar en Valencia, al predominar sus concepciones en la Facultad de Filosofía y Letras. Las recién creadas Facultades de Económicas, por su parte, jugaron un papel de enorme trascendencia en todo el proceso. En Barcelona Jaume Vicens Vives, admirador entonces de Braudel y amigo personal de Vilar, se hizo cargo en 1954 de la asignatura de Historia Económica de España en la nueva Facultad, creada ese mismo año por iniciativa del ministro Ruiz-Giménez. El primer profesor universitario español que ocupó una cátedra por oposición de Historia Económica fue Felipe Ruiz Martín, que se había formado en los años cincuenta con Fernand Braudel en París, a instancias de Marcel Bataillon. Ruiz Martín fue catedrático primero en Bilbao, desde 1961 a 1973, y después en Madrid⁴³. Las siguientes cátedras las obtendrán Voltes (Barcelona), Gonzalo Anes (Santiago de Compostela), Jordi Nadal (Valencia) y Josep Fontana (Valencia, cuando Nadal se traslade a Barcelona), estos tres últimos muy vinculados a Vicens y a Vilar⁴⁴. Aunque hubo también otros historiadores de la economía que recibieron en la década de los sesenta la influencia de Braudel⁴⁵, es preciso esperar a los últi-

⁴² Otra de las vías de penetración del materialismo histórico en la historiografía española tuvo como principales protagonistas a Manuel Tuñón de Lara y los coloquios que el citado historiador organizó en la Universidad de Pau entre 1970 y 1980, por donde pasaron numerosos jóvenes historiadores españoles próximos al marxismo. Tuñón estaba muy influenciado por Manuel Núñez de Arenas, profesor de enseñanza media y destacado socialista exiliado en Francia después de la guerra, por Pierre Vilar, a quien conoce en 1951 en el entierro de Núñez de Arenas, y por otro importante hispanista, Noël Salomon, catedrático de la Universidad de Burdeos y marxista también, del que Tuñón era amigo desde 1936, cuando a ambos les unió el común rechazo al fascismo (véanse J. PÉREZ, «Tuñón de Lara»; J. FONTANA, «Manuel Tuñón de Lara»; J. ARÓSTEGUI, «La obra de Tuñón de Lara»; M. PÉREZ LEDESMA, «La memoria y el olvido». Sobre Tuñón, J. L. de la GRANJA SÁINZ y A. REIG TAPIA [eds.], *Manuel Tuñón de Lara*).

⁴³ Á. GARCÍA SANZ, «Felipe Ruiz Martín».

⁴⁴ En los primeros momentos jugó un papel fundamental García de Valdeavellano, típico expnente de la antigua Institución Libre de Enseñanza, que presidía los tribunales de esas cátedras en su calidad de catedrático de la también muy joven Facultad de Ciencias Políticas de Madrid. Así me lo indicó Josep Fontana en la entrevista a que he aludido antes, de donde procede también la información sobre las primeras cátedras de Historia Económica. Fontana me contó cómo llegó a entrar en contacto con Vilar. Vicens, que había sido profesor de Fontana el último curso de la carrera, le recomendó que pasara por París y visitara a Vilar, como así hizo a finales de la década de los cincuenta. Fontana había realizado una tesina sobre el siglo xvii y se había decantado por la historia de Cataluña con el propósito de hacer una tesis sobre la desamortización, razón por la cual Vicens le puso en contacto con Vilar. También Gonzalo Anes y Jordi Nadal lo habían hecho por diversos motivos, lo cual creó una relación de la que saldrá la publicación en castellano de *Crecimiento y desarrollo* con las características que hemos señalado antes.

⁴⁵ V. Vázquez de Prada y Álvaro Castillo habían entrado en contacto con el destacado historiador francés. Por otra parte, como señala el primero en «La historia económica en España desde 1940» (p. 435), la renovación «sería también ayudada por el comienzo de actividades de la Casa de Velázquez, institución científica destinada, como es sabido, a dar acogida en Madrid a hispanistas

mos años de la dictadura de Franco para que la «historia económica y social» a la manera de *Annales* saliera del círculo de la «escuela de Vicens» y llegara a interesar a quienes hasta entonces se habían movido en una historia de corte muy tradicional. La primera manifestación importante de este cambio y del inicio de una nueva etapa serán las Primeras Jornadas de Metodología Histórica celebradas en 1973 en Santiago de Compostela a instancias, entre otros, de Antonio Eiras Roel.

La historiografía española tomó en los años cincuenta y sesenta de la escuela de *Annales* ciertas concepciones y prácticas que, en resumen, podemos relacionar estrechamente con la historia-problema; la historia concebida como ciencia social; la importancia de la interacción hombre-medio y en consecuencia de la geografía humana; la necesidad de mantener una perspectiva de «larga duración» y por ello de partir del análisis de las estructuras sociales; la importancia del factor demográfico-económico en la explicación de los hechos sociales; el papel fundamental de los conflictos de clase o de grupos en la dinámica social; la importancia de las coyunturas económicas; la «regionalización» de los estudios históricos; la introducción de nuevas fuentes y nuevos métodos, en especial cuantitativos, procedentes de la demografía, la economía, la sociología, etc. En sentido contrario, ignoró o puso mucho menos énfasis en cuestiones tales como el papel del individuo en la historia; las psicologías colectivas; el mundo de las ideas y de las representaciones; y los demás aspectos de la cultura material, no menos valorados en la renovación historiográfica preconizada por *Annales*.

A ello se añade que cuando se produjo la recepción de *Annales*, España vivía una situación política que la diferenciaba de la Europa democrática. Una dictadura fuerte y dispuesta a perpetuarse parecía un obstáculo imposible de salvar para una oposición dividida y continuamente diezmada, dispuesta a integrar a España en Europa, impulsar el desarrollo económico, recuperar las libertades y conseguir que las nacionalidades históricas fueran reconocidas como tales y gozaran de autonomía. Los últimos años de la dictadura, así como el inicio de la transición a la democracia, con el enfrentamiento entre quienes se mostraban favorables a la *reforma* y los que eran partidarios de la *ruptura* con el régimen de Franco, prolongaron durante casi toda la década de los setenta una peculiaridad que nos diferenciaba del resto de los países del occidente de Europa. Esa peculiaridad planteó a los historiadores contrarios a la dictadura una problemática específica de nuestra historia, la del atraso de España, cuyas causas se remontaban al inicio de la época moderna, a diferencia de lo que defendía el pensamiento oficial del régimen, nostálgico de la España imperial.

La renovación de nuestra historiografía se produjo en ese contexto. Por semejante motivo, la recepción de la nueva historia estuvo lejos de ser una simple transmisión mimética de problemas, enfoques y métodos procedentes de Francia a la manera de *Annales*. La historia promovida por Bloch, Febvre y

franceses. Desde 1965 editaría los *Mélanges de la Casa de Velázquez*, en cuyas páginas se acogerían las primicias de las investigaciones que estos jóvenes historiadores estaban realizando».

durante mucho tiempo por Braudel, quería desprenderse del viejo molde nacional, típico de las viejas escuelas históricas de antes de la guerra, y buscaba internacionalizarse, con el fin de transformarse en verdadera ciencia, lo que significaba de hecho desarrollar una historiografía preocupada por otro tipo de «objetos», que no eran ya los Estados y las naciones. La historia que se hacía en España, por el contrario, incluso la más renovadora, siguió teniendo como marco de referencia durante esos años bien a España o bien a las naciones históricas que formaban parte del Estado español. Esa gran diferencia, consecuencia del desarrollo político de Europa y del atraso de España durante la dictadura de Franco, produjo paradójicamente la originalidad más destacable en el terreno del estudio de la historia: la influencia del «espíritu de *Annales*» y del marxismo se combinó con el interés por explicar cómo había llegado a ser lo que era España (un caso singular en el contexto de la Europa democrática) y cómo otras naciones sin Estado (Cataluña por ejemplo) formaron parte de ella o entraron en conflicto con lo que en ciertas épocas representaba.

La nueva historiografía española, en efecto, siguió durante algún tiempo buscando en la trayectoria moderna y contemporánea de España las claves del problema que por vez primera se había planteado en el primer tercio del siglo xx y que ahora, con los nuevos enfoques y los nuevos métodos, dio origen a explicaciones de carácter muy diferente, basadas en una investigación histórica más desarrollada que la de los años treinta. En lo que atañe al estudio de la época moderna, el trabajo de los historiadores franceses (Chaunu, Bataillon, Salomon, Vilar, Lapeyre, Sarrailh, Defourneaux, Bennassar, Pérez, etc.) y de otros como John Elliott o Richard Herr, que venían dando abundantes muestras de una nueva forma de concebir la historia más o menos en la línea de *Annales*, contribuyó decisivamente a la renovación de la historiografía española. En cuanto al periodo más reciente, la historia de los siglos xix y xx, conseguimos por fin tener una verdadera historiografía en la que el peso de la renovación recayó sobre nuestros propios historiadores. A través de Vicens y de quienes recibieron su influencia (Reglà, Nadal, Giralt, Fontana, Jutglar, Garrabou, etc.), de Miguel Artola, de José María Jover, de Manuel Tuñón de Lara (y los historiadores que participaron en los coloquios de Pau), etc., las nuevas formas de concebir la historia transformaron radicalmente el panorama español en sólo un par de décadas, antes de la muerte de Franco. Fue entonces cuando se plantearon las cuestiones que serían investigadas, debatidas y objeto luego de constante revisión: el problema del atraso económico, la lenta industrialización, los cambios agrarios y la evolución de los distintos tipos de agricultura, la transformación en sentido moderno de la economía y los obstáculos con que tropezó, etc.; la crisis del Antiguo Régimen y la revolución liberal, el tipo de reforma agraria y sus consecuencias, la supervivencia de los valores aristocráticos y la «debilidad» de la burguesía y de las «clases medias», el grupo de poder que surge de la revolución, los problemas y conflictos sociales en el mundo rural y urbano, los orígenes y desarrollo del movimiento obrero, etc.

En resumen, desde una perspectiva que abarque el curso de la historiografía española durante todo el siglo xx, la renovación comprende un tiempo más dilatado de lo que generalmente se piensa. Se inició en el primer tercio de la centuria y sufrió en los años cuarenta un enorme retroceso, que a duras penas fue superado en la década siguiente gracias a unos pocos historiadores como Vicens, Artola, Jover, Maravall y más tarde Tuñón de Lara. El desarrollo experimentado a partir de la década de los sesenta tuvo un carácter específico. La renovación se inspiró en el modelo de la historia económica y social de *Annales*, pero recibió también la influencia creciente del marxismo y recuperó el interés por el problema del atraso de España, que ahora era tratado de un modo diferente a como lo habían hecho los intelectuales de la primera mitad de siglo, al pasar a primer plano las causas económicas y sociales del mismo. Aunque no fuera el primer intento —tampoco en España— de transformar desde un punto de vista epistemológico y metodológico la historia, la escuela de *Annales* tuvo un protagonismo indudable entre 1950 y principios de los años setenta. A medida que el predominio de la «historia económica y social» dejó paso a la «nueva historia de las mentalidades» en Francia, entre nosotros se sintió con fuerza la voz crítica de historiadores que continuaban estando a la cabeza de la renovación, pero que se opusieron al «modelo Braudel» de *Annales*⁴⁶. Seguir el curso de la influencia de *Annales* desde los años inmediatamente anteriores a la muerte de Franco hasta nuestros días queda fuera del propósito enunciado en el título del presente trabajo. Nos obligaría a estudiar el desarrollo múltiple y diverso de la historiografía española en las dos últimas décadas, una historiografía que dejó de mirar preferentemente a Francia como lo había hecho durante la mayor parte del siglo xx.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBEROLA, Armando (ed.), *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, 1987.
- ARÓSTEGUI, Julio, «La obra de Tuñón de Lara en la historiografía española (1960-1997)», en José Luis de la GRANJA SÁINZ, Alberto REIG TAPIA y Ricardo MIRALLES (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, pp. 3-19 (citado J. ARÓSTEGUI, «La obra de Tuñón de Lara»).
- BIARD, Agnès, Dominique BOUREL y Eric BRIAN, *Henri Berr et la culture du XX^e siècle*, París, 1997 (citado A. BIARD *et alii*, *Henri Berr et la culture du XX^e siècle*).

⁴⁶ En 1974 J. FONTANA publicó un artículo, «Ascenso y decadencia», originariamente en catalán y publicado en el número 4 de la revista *Recerques*, traducido al castellano en el libro colectivo *Hacia una nueva historia*, en el que contraponía el «modelo Braudel» a las concepciones de Bloch y Febvre que habían renovado la ciencia histórica, anticipando críticas que luego recibirían en Francia los herederos de Braudel.

- BOSCH GIMPERA, Pere, «España», *Anales de la Universidad de Valencia*, segunda época, 1, 1937, pp. 9-47, discurso reproducido en P. RUIZ TORRES (ed.), *Discursos sobre la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937)*, Universitat de Valencia, 2000, pp. 341-367.
- *Memories*, Barcelona, 1980.
- BOYD, Carolyn P., «*Historia Patria*». *Politics, History, and National Identity in Spain (1875-1975)*, Princeton, Nueva Jersey, 1997 (citado C. P. BOYD, «*Historia Patria*»).
- CASANOVA, Julián, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, 1991.
- CIRUJANO MARÍN, Paloma, Teresa ELORRIAGA PLANES y Juan-Sisinio PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, Madrid, 1985 (citado P. CIRUJANO MARÍN *et alii*, *Historiografía y nacionalismo español*).
- DELEITO Y PIÑUELA, José, «Quelques données sur l'historiographie en Espagne de 1900 à 1930 du point de vue de la synthèse», *Revue de synthèse historique*, 50, 1930, pp. 29-49 (citado J. DELEITO Y PIÑUELA, «Quelques données»).
- FERNÁNDEZ, Roberto (ed.), *España en el siglo XVIII*, Barcelona, 1985.
- FONTANA, Josep, «Ascenso y decadencia de la escuela de los *Anales*», en Charles PARAIN *et alii*, *Hacia una nueva historia*, Madrid, 1976 (citado J. FONTANA, «Ascenso y decadencia»).
- «La historiografía española del siglo XIX», en Santiago CASTILLO (coord.), *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991, pp. 331-335.
- «Prólogo: Manuel Tuñón de Lara y la tradición democrática española», en José Luis de la GRANJA SÁINZ, Alberto REIG TAPIA y Ricardo MIRALES (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, pp. XIII-XVI (citado J. FONTANA, «Manuel Tuñón de Lara»).
- FORCADELL, Carlos, «Sobre desiertos y secanos. Los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea*, 7, 1992, pp. 101-116 (citado C. FORCADELL, «Sobre desiertos y secanos»).
- GARCÍA SANZ, Ángel, «Felipe Ruiz Martín, historiador de la economía», *Revista de Economía*, 2, 1989, pp. 133-136 (citado Á. GARCÍA SANZ, «Felipe Ruiz Martín»).
- GRANJA SÁINZ, José Luis de la, y Alberto REIG TAPIA (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, 1993 (citado J. L. de la GRANJA SÁINZ y A. REIG TAPIA [eds.], *Manuel Tuñón de Lara*).
- JOVER ZAMORA, José María, *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*, Madrid, 1952 (citado J. M. JOVER ZAMORA, *Conciencia burguesa y conciencia obrera*).
- «Por una historia de la civilización española», en *La civilización española a mediados del siglo XIX*, Madrid, 1992, pp. 303-387, reproducido también en *Historia y civilización*, Valencia, 1997.

- «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea», en *El siglo XIX: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, reeditado recientemente con un ligero cambio de título «El siglo XIX en la historiografía española de la época de Franco (1939-1972)», en José María JOVER ZAMORA, *Historiadores de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, colección «Clave Historial» (11), 1999, pp. 25-271.
- JULIÁ, Santos, «La historia social y la historiografía española», *Ayer*, 10, 1993, pp. 29-46.
- MORÁN SUÁREZ, Gregorio, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, 1998 (citado G. MORÁN SUÁREZ, *El maestro en el erial*).
- MUÑOZ I LLORET, Josep M., *Faume Vicens Vives. Una biografía intelectual*, Barcelona, 1997 (citado J. M. MUÑOZ I LLORET, *Faume Vicens Vives*).
- OLÁBARRI, Ignacio, «La recepción en España de la revolución historiográfica del siglo XX», en V. VÁZQUEZ DE PRADA, I. OLÁBARRI y A. FLORISTÁN IMIZCOZ (eds.), *La historiografía en Occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos. Actas de las III Conversaciones Internacionales de Historia (Pamplona, 1984)*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1985, pp. 87-109 (citado I. OLÁBARRI, «La recepción en España»).
- PASAMAR ALZURIA, Gonzalo, *Historiografía e ideología en la posguerra española. La ruptura con la tradición liberal*, Zaragoza, 1991 (citado G. PASAMAR ALZURIA, *Historiografía e ideología*).
- «Los historiadores españoles y la reflexión historiográfica (1880-1980)», *Hispania*, 198, 1998, pp. 13-48 (citado G. PASAMAR ALZURIA, «Los historiadores españoles»).
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio, *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, 1995 (citado I. PEIRÓ MARTÍN, *Los guardianes de la historia*).
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio, y Gonzalo PASAMAR ALZURIA, *La Escuela Superior de Diplomática. Los archiveros en la historiografía española contemporánea*, Madrid, 1996 (citado I. PEIRÓ MARTÍN y G. PASAMAR ALZURIA, *La Escuela Superior de Diplomática*).
- PELLISTRANDI, Benoît, «Escribir la historia de la nación española: proyectos y herencia de la historiografía de Modesto Lafuente y Rafael Altamira», *Investigaciones Históricas*, 17, 1997, pp. 137-159 (citado B. PELLISTRANDI, «Escribir la historia de la nación española»).
- PÉREZ, Joseph, «Tuñón de Lara y el hispanismo francés», en José Luis de la GRANJA SÁINZ, Alberto REIG TAPIA y Ricardo MIRALLES (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, pp. 37-53 (citado J. PÉREZ, «Tuñón de Lara»).
- PÉREZ LEDESMA, Manuel, «La memoria y el olvido: Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española», en José Luis de la GRANJA SÁINZ, Alberto REIG TAPIA y Ricardo MIRALLES (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, pp. 21-36 (citado M. PÉREZ LEDESMA, «La memoria y el olvido»).

- PROST, Antoine, «Seignobos revisité», *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, 43, 1994, pp. 100-118.
- RIQUER PERMANYER, Borja de, «Apogeo y estancamiento de la historiografía catalana», *Historia Contemporánea*, 7, 1992, pp. 117-134.
- RUIZ TORRES, Pedro, «Del Antiguo al Nuevo Régimen: carácter de la transformación», en *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, t. I: *Visiones generales*, Madrid, 1994, pp. 159-192 (citado P. RUIZ TORRES, «Del Antiguo al Nuevo Régimen»).
- RUIZ TORRES, Pedro (ed.), *Discursos sobre la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937)*, Universitat de Valencia, 2000 (citado P. RUIZ TORRES [ed.], *Discursos sobre la historia*).
- TOLÉDANO, André D., «L'enseignement de l'histoire dans les universités espagnoles», *Revue de synthèse historique*, 40, 1925, pp. 183-188 (citado A. D. TOLÉDANO, «L'enseignement de l'histoire»).
- VARELA, Javier, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, 1999 (citado J. VARELA, *La novela de España*).
- VÁZQUEZ DE PRADA, Valentín, «La historia económica en España desde 1940», en *La historiografía en Occidente desde 1945*, Pamplona, 1985, pp. 429-469.
- VICENS VIVES, Jaume, «Lucien Febvre y los *Annales*», *Destino*, 708, 1951, reeditado en *Obra Dispersa. España, América, Europa*, Barcelona, 1967, pp. 493-494.

COLLECTION DE LA CASA DE VELÁZQUEZ

Volume n° 80

La historiografía francesa del siglo xx y su acogida en España

Coloquio internacional (noviembre de 1999)
Actas reunidas y presentadas por Benoît Pellistrandí

Casa de Velázquez
Madrid + 2002

Índice

Presentación 11

I. — DE MAESTROS Y OBRAS

○ *Jacques Dalarun*
Georges Duby 3

○ *Reyna Pastor*
La recepción de la obra de Georges Duby en España 21

○ *Maurice Aymard*
Fernand Braudel 41

○ *Mona Ozouf*
François Furet 53

○ *Antonio Morales Moya*
La recepción de François Furet en España 63

II. — LOGROS Y MÉTODOS

○ *Pedro Ruiz Torres*
De la síntesis histórica a la historia de *Annales*.
La influencia francesa en los inicios de la renovación
de la historiografía española 83

Gérard Chastagnaret
L'histoire économique française est-elle encore compétitive ? 109

Marc Lazar
L'histoire politique en France 127

Elena Hernández Sandoica
La historia política y el contemporaneísmo español 147

Yves-Marie Bercé
L'apparition récente d'une histoire dite culturelle 163

Manuel Peña Díaz
La historiografía francesa en la historia cultural de
la Edad Moderna española. Breve balance de su influencia 177

III. – LA PRESENCIA FRANCESA EN ESPAÑA

Pierre Guichard
De l'Espagne musulmane à al-Andalus 191

Bernard Vincent
Le séminaire parisien de Pierre Vilar 217

○ *Rosa Congost y Jordi Nadal*
La influencia de la obra de Pierre Vilar sobre
la historiografía y la conciencia española 223

Faime Contreras
Un determinado estilo de vida. Reflexiones
sobre la obra de Bartolomé Bennassar 241

Pierre Chaunu
Mes Espagnes 255

François Chevalier
La présence française en Espagne. La Casa
de Velázquez, lieu de formation et de diffusion
de la recherche française 267

Didier Ozanam

La Casa de Velázquez, lieu de formation et
de diffusion de la recherche française 285

Joseph Pérez

La Casa de Velázquez de 1989 à 1996 295

IV. – TRAYECTORIAS Y GENERACIONES: UN BALANCE CRÍTICO

○ *Miguel Ángel Ladero Quesada*

Trayectorias y generaciones. Un balance crítico:
la Edad Media 311

Pablo Fernández Albaladejo

Yo también estuve en Arcadia 325

Jordi Canal

Admoniciones, mitos y crisis. Reflexiones sobre
la influencia francesa en la historiografía contemporánea
española a finales del siglo xx 337

V. – FINAL

Julio Aróstegui

La teoría de la historia en Francia y su influencia
en la historiografía española 365

Juan-Sisinio Pérez Garzón

El historiador en España: condicionantes y tribulaciones
de un gremio 407

François Bédarida (†)

Le statut de l'historien en France 425

Resúmenes 435

Résumés 445

Abstracts 455

Índice 467